ALGUNOS ARTICULOS OLVIDADOS DE FRANCISCO AYALA, HACE CINCUENTA AÑOS

Los viejos almanaques literarios poseen, para mí, un especial encanto. Su valor para la historia literaria me parece indudable. (Por ello he tratado de reanudar esta tradición, dirigiendo la serie «El año literario», que edita Castalia desde hace tres años.) Pero, además, ofrecen variados atractivos, que van desde la anécdota olvidada o la valoración, que luego ha sido rectificada, al texto con variantes o el testimonio de la lucha entre las sucesivas promociones literarias. Creo, en suma, que un análisis de los almanaques literarios españoles está todavía por hacer y será importante para comprender la evolución de nuestra literatura contemporánea. Por no hablar de las reflexiones que suscita —el paso del tiempo, la evolución de la literatura...— releer estas páginas, ya amarillentas.

Uno de los almanaques que poseo se publicó justamente hace medio siglo, en un momento de gran vitalidad de nuestra literatura. Se titula *Almanaque de las Artes y las Letras para 1928.* En la cubierta leemos, en una especie de columna, los siguientes apartados, que deben funcionar como reclamo publicitario más que como estricta descripción del contenido: «Autógrafos. Retratos. Páginas inéditas. Augurios. Propósitos. Crítica. Anécdotas. Dibujos. Música. Bibliografía.» Debajo, un libro abierto que, en su doble página, alude a la unión cultural de América con España. Al fondo, un florero y una silueta vertical, con algo de rascacielos. Al pie, el precio: cuatro pesetas.

En la portadilla interior leemos que este Almanaque ha sido «ordenado por Gabriel García Maroto y editado por la Biblioteca Acción en Madrid». Es el volumen I de esta Biblioteca. García Maroto aparece en él en la doble faceta de dibujante y escritor. Suya es también la advertencia inicial, inteligente e ingenua a la vez, que reza así: «Para la ordenación de este primer volumen del Almanaque de las artes y las letras, sólo seguí mi gusto, con una mínima atención, decantada e incierta, por los sucesos que ofrecieron los días. Ni resumen literario y artístico del año que acaba, ni valoración sopesada y objetivada: una suma de valores ciertos en una actualidad sin ago-

bios. Nada más. A los que viendo en mi deseo una delicada actitud, me ayudaron, mi sincero agradecimiento.»

No voy ahora a analizar el contenido de este Almanaque. (Espero hacerlo alguna vez con más calma, pues creo merece la pena.) Voy a fijarme en un punto muy concreto: en este libro se encuentran nueve artículos de Francisco Ayala; por lo que yo sé, se trata de trabajos totalmente olvidados; no creo que, desde entonces, hayan sido citados ni editados nunca. No aparecen, por supuesto, en mi *Bibliografía de Francisco Ayala* (Universidad de Syracuse, distribuido por Castalia, Madrid, 1973). Se los he enseñado a su autor y él mismo no los recordaba, pero sí los ha reconocido ahora, sin dudarlo un momento. Algunos llevan su firma completa; otros, simplemente sus iniciales.

No es de extrañar que esto suceda; ya en mi citada *Bibliografía* incorporé dieciséis artículos de Ayala (números 543-559), que nadie —ni el propio autor— recordaba. Como sabe cualquier estudioso, los problemas eruditos y bibliográficos referidos a la literatura reciente no son menores, muchas veces, que los de la literatura clásica. Sobre todo cuando se refieren a los comienzos de una carrera literaria. Depende mucho, desde luego, del carácter de los escritores y de los avatares de su biografía: entre los papeles de Pérez de Ayala que he podido manejar, por ejemplo, no se encuentra nada de su juventud. Francisco Ayala es un caso raro, dentro de los escritores de creación, por su orden escrupuloso. Sin embargo, ni conservaba ni recordaba siquiera estos artículos, escritos hace cincuenta años. Y es de esperar que otros investigadores aporten nuevos textos a sus obras completas.

Mi contribución a este número de homenaje de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* es muy modesta: se limita a dar noticia y publicar estos nueve artículos con un mínimo comentario que los encuadre y sitúe.

Este *Almanaque de las Artes y las Letras* es realmente un almanaque: incluye las listas de los días de cada mes y semana, con el santoral correspondiente. Observando el tono minoritario y vanguardista, un poco *snob,* del volumen, no deja de notarse una graciosa ironía en la conservación de esta fórmula tradicional.

Los textos están ilustrados con dibujos y fotografías. En ellas aparecen, junto a figuras literarias consagradas (Unamuno, Ortega, Baroja, Pérez de Ayala), graciosas *boutades* juveniles (un religioso tibetano, un templo budista en Ceylán, un jefe de una tribu salvaje) y personajes muy representativos de las tendencias culturales del momento: la Paulova, Greta Garbo, Meyerhold, Josefina Baker, Pablo Casals, Diego Rivera, D'Annunzio con Mussolini...

Al comienzo, Ernesto Giménez Caballero, con su peculiar pirotecnia verbal —e ideológica—, divaga metafóricamente sobre el espíritu de los almanaques. De acuerdo con el espíritu de esas fechas, los compara al cine (un noticiario de la Fox) y llega a formular, nada más y nada menos, que la siguiente identificación: «Almanaque: género comunista. Literatura y ciencia al alcance de todas las fortunas, de todas las capacidades». Leído desde la perspectiva actual y teniendo en cuenta la evolución del personaje, no deja de tener su gracia.

Aparecen en este volumen, por supuesto, los principales miembros de la generación del 27, Alberti, Guillén, Moreno Villa, Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso... Y críticos como Guillermo de Torre (que escribe con entusiasmo —¡cómo no!— de Góngora), Díez Canedo, Melchor Fernández Almagro... Se dedica especial atención a Cataluña, Portugal e Hispanoamérica con cuadernillos monográficos que incluyen poemas, prosas y reproducciones de cuadros o esculturas: Neruda, Borges, Pessoa, Carner, Gargallo, Carles Riba...

En la época de la llamada «poesía pura» no deja de plantearse la cuestión de la función social de la literatura y el arte. Las soluciones contradictorias que se proponen en este Almanaque son testimonio claro de que existe una tensión real entre el espíritu minoritario de la vanguardia y la inquietud de signo social y populista.

Dos ejemplos concretos pueden ser testimonio de esa tensión. En primer lugar, Julián Zugazagoitia escribe sobre *Los obreros y la literatura,* defendiendo la capacidad y el gusto de éstos para apreciar la literatura; una determinada literatura comprometida con los problemas de la realidad, claro está. Dice, por ejemplo: «Góngora es menos de hoy, para el paladar proletario, que Galdós. Acaso este autor sepa demasiado a cocido, según han dicho con evidente injusticia en algunas partes; pero el gongorismo de algunos es una pitanza de sabor inclasificable» (p. 218). No cabe, pues, una oposición más decidida a los ideales estéticos del 27.

Intenta, en cambio, armonizar las dos tendencias Ernesto Giménez Caballero en el trabajo que abre el volumen y sirve, hasta cierto punto, de justificación o manifiesto. (No olvidemos que «Gecé» representa *La Gaceta Literaria,* a la vez que tiene en este momento, según el propio Ayala, un «aire de intelectual comunista».) Para Giménez Caballero, por un lado, «dejemos que la literatura y la ciencia se remansen en los núcleos intelectuales llamados "minorías" y produzcan sus personas, sus libros y sus géneros. Aceptemos las minorías literarias, científicas y políticas». Pero, más abajo, advierte: «no cerremos los ojos a las caudales avenidas paralelas de "lo multitudinario". De "las mayorías". Que, olvidadas (desdeñadas) por los miem-

bros minoritarios del mundo, van cuajando sus géneros, sus obras y sus personas en un margen sin apenas comentario, en plena calle, sin contacto con la acera de la vida intelectual: esperando que poetas y definidores se acerquen a ordenar sus masas con gesto decidido de *speakers* soviéticos, de acomodadores de "cine", de pertigueros de procesión, de *régisseurs* de *films*» (p. 7). Nótese que, en estos momentos, el creador del primer cineclub todavía escribe «cine» entre comillas.

En el Almanaque se advierte otra nota que no quiero dejar de mencionar: la voluntad decidida de incorporación a las corrientes europeas, en lo cultural y en lo no cultural. Esta España literaria y artística no está, desde luego, cerrada sobre sí misma. Múltiples testimonios podrían abonarlo. Me limito a mencionar una frase de un artículo anónimo: «El fuego sagrado de una España mejor (...), culturizada, europeizada, republicanizada» (p. 152). Notemos la identificación de los tres adjetivos, referidos a la «España mejor»: sólo tres años después se proclamaría la República.

Pero ajustémonos más nuestro foco y concretémonos en el escritor que es hoy nuestro objetivo: Francisco Ayala. Cuando se redacta este Almanaque, a fines de 1927, es un joven de veintiuno a veintidós años que ha venido a Madrid desde su Granada natal e intenta abrirse camino en el mundo literario. Se ha dado ya a conocer con la publicación, muy temprana, de dos novelas: *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925) e *Historia de un amanecer* (1926), que han obtenido críticas favorables de Díez Canedo y Juan G. Olmedilla. Está empezando a escribir los textos que formarán parte del volumen vanguardista *El boxeador y un ángel:* en concreto, para estas fechas ha compuesto ya «Hora muerta» y «El gallo de la pasión», publicados los dos en revistas en 1927.

Ayala escribe en los periódicos: en 1924 y 1925, en *La Epoca;* en 1926, en *Los Lunes del Imparcial.* A lo largo de este mismo año de 1927 es asiduo colaborador de *La Gaceta Literaria*, con artículos sobre literatura, pero también sobre Derecho y Política, de acuerdo con su plural dedicación intelectual. A la vez colabora ya en la *Revista de Occidente.* Así pues, está introducido en dos núcleos intelectuales y literarios que son, quizá, los más prestigiosos de Madrid en ese momento. Ciertamente no le faltó inteligencia entonces al joven granadino —nunca le ha faltado después— a la hora de elegir sus amigos.

La colaboración en este Almanaque debió de producirse a causa de una relación amistosa con su editor, Gabriel García Maroto. En efecto, Ayala es uno de los que escribe más en él: nada menos que nueve artículos. Cuatro los dedica a describir el ambiente y retratar

a los personajes de famosas tertulias literarias que conoce bien: la Revista de Occidente, La Gaceta Literaria, Pombo y El Hotel Nacional de Atocha. En el volumen aparecen dos artículos más de esta serie, de autor anónimo, dedicados a la Granja del Henar y el Regina.

Realiza Ayala también otra sección: «Lo que ha dado 1927. Y lo que se espera de 1928», en forma de entrevistas con personajes especializados en cada sector:

a) literatura española: con Ernesto Giménez Caballero;
b) artes plásticas: con Antonio Espina;
c) literatura extranjera: con Antonio Marichalar;
d) teatro: con Melchor Fernández Almagro, y
e) música: con César Arconada.

Nos encontramos aquí con una faceta verdaderamente nueva del escritor: Francisco Ayala, entrevistador. Claro que no se trata de la típica entrevista periodística, sino de una conversación amistosa (Antonio Espina y Fernández Almagro, especialmente, se cuentan entre sus íntimos) que Ayala suscita y transcribe, en resumen, apareciendo él lo menos posible.

Desde el punto de vista de un lector actual de la obra de Ayala, los artículos sobre las tertulias son, por supuesto, los que ofrecen un mayor interés. (Además, por supuesto, de su valor para la historia literaria.) Su estilo encaja perfectamente con lo que se ha estudiado por la crítica (yo mismo, en la Introducción a sus *Obras narrativas completas)* como característico de la primera época de Ayala, la etapa vanguardista y metafórica. Abunda la frase muy cortada, con numerosos puntos (más de lo habitual en el lenguaje literario castellano) que cortan el ritmo sintáctico, como rápidos *flashes* cinematográficos. Por ejemplo: «Un día —un buen día— la tertulia de José Ortega y Gasset abandonó la calle. Abandonó el café: el zoco. Y se recluyó. Bien encastillada, en el castillo nuevo de un rascacielos» (p. 24). Son frecuentes, también, los incisos mediante guiones.

Uno de los aspectos más interesantes es el de los retratos rápidos, concentrados, en forma metafórica. Por ejemplo, al doctor Pittaluga lo ve «elástico y erguido, como un trapecista de goma» (p. 26). A su amigo Antonio Espina, «maestro en el arte de poner banderillas al quiebro» (p. 27).

Igual que en sus cuentos, el espíritu de aquellos años se percibe claramente en las referencias a la ciudad, los rascacielos, el cine dos años después publicará su libro *Indagación del cinema),* el *jazz,* el deporte, la belleza moderna, la naturaleza artificial. Alborea un mundo nuevo, optimista, irónico, que desprecia la vulgaridad mesocrá-

tica —la minoría aristocrática frente a la tertulia de café—, estima positivamente los avances de la ciencia moderna y busca un nivel de conversación que logre rehuir, a la vez, los peligros de lo familiar y lo estrictamente profesional. Al fondo, una vez más, aparece la referencia a Góngora (p. 28).

La independencia de juicio que ha caracterizado siempre a Ayala, su originalidad auténtica —no exenta, a veces, de cierto ribete inteligentemente maligno— se advierte en la silueta de Ramón, al que ve, paradójicamente, como un típico producto del XIX. Y, también, a partir de unos personajes reales (los contertulios de Pombo), de una anécdota vulgar (la del llamado Pirandello), Ayala apunta a la novelización, como hará en su última etapa narrativa.

Una última nota: Ayala tiene conciencia de formar parte de un nuevo grupo que aparece en la vida cultural. Son «la joven literatura»: Marichalar, Espina, Ramón, Jarnés, Basterra, Arconada, Fernández Almagro, Pérez Ferrero... La nómina, por supuesto, es sólo aproximada e incluye diferencias de edad, maestros y discípulos. Todos han sufrido las grandes influencias de Ortega y de Ramón Gómez de la Serna, aunque Ayala lance a éste algún dardo irónico. Como todos los grupos juveniles, desprecian a sus predecesores: «En un principio estuvo formada esta tertulia por escritores del antiguo régimen poético, a los que no hay por qué nombrar: cadáveres insepultos aún» (p. 136). Les mueve un espíritu de acercamiento a «ese nimbo maravilloso del arte nuevo» (p. 58), a las innovaciones en las artes plásticas, en el teatro, en la nueva música.

Dos notas sólo sobre los entrevistados. No quiero dejar de subrayar aquí la prontitud y el acierto del juicio de Marichalar sobre Virginia Woolf: «En Inglaterra hay una autora que acaba de dar un libro precioso: *To the Lighthouse,* de Virginia Woolf. Una Proust, mujer e inglesa, y con una técnica mucho más moderna. Jamás se ha traducido nada suyo al español, que yo sepa. En Francia se anunció un tomo suyo, y algunos fragmentos han aparecido en revistas; pero no es bien conocida» (p. 95). Hagamos justicia al crítico bien informado y sensible: muchos años habrán de pasar para que el nombre de Virginia Woolf comience a ser un poco familiar al lector español.

También poseen especial interés las manifestaciones de Arconada sobre la música. (Como es sabido, además de escritor de creación fue notable crítico musical.) Entre otras cosas, porque nos encontramos hoy en una circunstancia equiparable: justamente cincuenta años después, volvemos a celebrar un aniversario de Beethoven, como entonces, y —Federico Sopeña lo sabe bien— muchos de los reproches de Arconada a la vida musical española siguen siendo válidos. Oímos,

sí, el «Fidelio» por el que suspiraba Arconada en Madrid, en junio de 1977, pero, a cambio, la ópera madrileña no está mal dirigida, como entonces, sino que no existe, de modo permanente. Los músicos españoles admirados por los jóvenes escritores son Falla, Turina, Esplá, Halffter... Todos los datos concuerdan, así pues, para definir la «nueva sensibilidad» de estos jóvenes.

Varias veces me he acercado a la obra de Francisco Ayala desde un punto de vista interpretativo y crítico. Hoy lo he hecho, más bien, desde el erudito e histórico, exhumando unos textos olvidados. No poseen importancia trascendental, desde luego, pero sí contribuyen, creo, a completar la imagen de Francisco Ayala, al que debemos considerar ya como un clásico de nuestra literatura contemporánea. Y pueden proporcionar alguna pequeña luz sobre un momento verdaderamente brillante de la cultura española.

En todo caso —no quiero dejar de proclamarlo aquí, una vez más— este trabajo y otros que he realizado sobre Francisco Ayala nacen de mi admiración por su figura literaria y mi afecto sincero por su persona.

ANDRES AMOROS

Bretón de los Herreros, 65
MADRID-3

APENDICE: TEXTOS DE FRANCISCO AYALA

LAS TERTULIAS LITERARIAS

Revista de Occidente

Un día —un buen día— la tertulia de José Ortega y Gasset abandonó la calle. Abandonó el café: el zoco. Y se recluyó. Bien encastillada, en el castillo nuevo de un rascacielos.

Tuvo ese gesto insólito, cuyo sentido —alto sentido— no ha sabido encontrar la gente. Cuyo valor la gente no ha sabido apreciar.

Aunque su instinto la haya puesto sobrecogida: excitada de vislumbres y previsiones.

La fantasía popular ha trabajado el suceso escueto para someterlo a las deformaciones ineludibles. Que —por vía indirecta: proceso mítico— le hagan aparecer en las proporciones debidas.

La Revista de Occidente: *algo de misterio. «Casa del miedo» adornada de recelos y curiosidades ajenas. Es decir —y en definitiva—, la casa del tesoro... Siempre ocurre lo mismo.*

El paisaje de la Revista de Occidente *—abiertas las ventanas— es un paisaje de fuerte realidad nunista: cosmopolita, quebrado, lineal. (Rascacielos, estaciones de radio y anuncios luminosos.)*

Es —desde luego— un paisaje de altura urbana. Lo mismo que su paisaje interior. Exactamente.

(Lejos —bastante lejos— queda la tertulia de café —gritos, bostezos— formada por aluvión humano. A base de la murmuración y del tiempo perdido. Reunida en torno a una mesa de mármol.

Una tertulia literaria debe reunirse en torno a cosas —a motivos— más intelectuales que una mesa de mármol.)

Galería de Retratos. (Retratos arbitrarios: en esquema o en gran plano cinematográfico. Distribuidos por Salas, también arbitrariamente.)

1. El retrato de José Ortega y Gasset.—*Ortega: capitán sobre cubierta. Largos paseos, de paso recalcado y seguro. Inquietud vital. Sonrisa confiada. Miradas perforadoras de horizontes lejanos, en un*

viento aventurero y deportivo... (Etcétera. Es un retrato de infinitas posibilidades. El retrato que habría de estarse recomenzando siempre.)

2. Sala de Gobierno.—*Fernando Vela: espíritu germanizado. Lleno de energía. Eficacia máxima... Fernando Vela: hombre de actividades plurales. De múltiples curiosidades y atenciones. Teorizador del cine y técnico de los deportes. Exaltador del dinamismo novomundista.*

Morente: rizoso, andaluz y profesor de Filosofía. Esa sorna —casi imperceptible— que da el ser andaluz, rizoso y, además, profesor de Filosofía: tres flexibilidades, tres gongorinismos. Tres gracias. Y una sola bondad verdadera.

Manuel Ortega: guardador de caudales. Guardador de la caja verde —caballero de ese dragón—. Celador de ediciones. Ministro de Finanzas. Señor del gran poder.

J. Díaz-Fernández: el terror de las imprentas. Gimen las máquinas bajo su voz imperiosa.

3. Sala de Profesores y Científicos.—*Profesor Blas Cabrera: un mundo distinto. O mejor dicho, dos mundos: el de los astros y el de los átomos. (En sus ojos, ese destello rápido, conmovedor, de quien a diario se asoma al infinito por agujeros increíbles.)*

Profesor Javier Zubiri: un dejo infantil, ingenuo. Vivacidad. Palabra incisiva, inteligencia incisiva. Trato familiar con la sombra de los filósofos... Ah. Y —ya, para siempre— fama de examinador traganiños.

Dantín Cereceda: que ha estudiado las costumbres de los peces y las focas. Que tiene un gesto y un bigote boreales, árticos. Y en cuyo nombre hay una musicalidad de campanita de trineo: dantín.

Américo Castro: prestancia española —siglo XVII— frente a la rubicundez yanqui de los cursos para extranjeros.

Fernando de los Ríos: europeo profesoral. Doctor de barba negra y de lentes. Apóstol frío de internacionalismos... Llega —transeúnte— de su cátedra. A su cátedra. Y nunca falta —agradable, comedida— su visita.

Angel Sánchez-Rivero: balbuciente, de modesto. Como detrás de una claraboya —prisionera de erudición su gran viveza— sobre libros en atril.

4. Sala Médica.—*Dr. Gustavo Pittaluga: elástico y erguido, como un trapecista de goma. Gran agilidad intelectual. Gran sentido moderno —libre de prejuicios— para colocarse frente a los casos de la vida.*

Dr. Sacristán: corona su cordialidad con un gesto fuerte, helado. Una cordialidad y un gesto zaristas. Se le podría dar el título de «padrecito zar de los locos».

Dr. Gregorio Marañón: médico liberal. Qué tradición, los médicos liberales de España. Qué bien recogida por él, esa tradición. Con su idealismo, su sentimentalismo, su derivación literaria y política...

Dr. Lafora: un ademán de seguridad. Un gesto de indiferencia cruel. Un fondo de tristeza... Presencia de inmediatas y frecuentes reacciones.

5. Sala de la Joven Literatura.—*Antonio Marichalar: irreprochable, siempre. De aspecto, de maneras, de frases. Y de silencios. Hombre de los admirables silencios, y de las actitudes exactas.*

Antonio Espina: la oportunidad de su fina inteligencia. De su ingenio retorcedor. Maestro en el arte de poner banderillas al quiebro.

Ramón: la voz que lo llena todo. Tiene días fijos para ir. Y esos días se convierten en días de fiesta, adornados con lazos greguerizantes.

Jarnés: discreción garantizada. Maneras suaves. Inteligencia vivaz, rápida. Prudencia, y espíritu delicado. (Es el hombre que está en el secreto de todo.)

Basterra: desfiló por la amable Europa —toda rosa de pantorrillas— como cielos crepusculares —con nubecillas coloradas— en persecución de su estilo... —Tras el error, el sufrimiento— y tras el acierto, el oasis. Basterra, granviario, amable Europa.

6. Sala de Maestros Extranjeros.—*Han pasado por ella políticos, profesores, escritores, científicos —extranjeros— en viaje a España. Las personalidades más ingentes han tenido su puesto en la galería de la* Revista de Occidente. *Se han sentado en la tertulia de la Revista.*

Y también —en una ocasión— Juan Belmonte. Juan Belmonte fue nombrado colaborador honorario de la Revista; en honor a la espléndida tipografía gótica de sus pases de pecho (como catedrales). Y al subrayado de la ovación consiguiente.

La heterogeneidad y disparidad del conjunto hacen que la conversación se mantenga en esa cima —clara, elevada— que puede ser vista desde cualquier ladera de especialización. Sin que se produzcan desequilibrios ni incomprensiones. Sin que nunca descienda el tono por la proclividad de lo familiar o la de lo profesional: dos peligrosas caídas.

El paisaje íntimo de la Revista de Occidente *es un paisaje de altura urbana. Como su paisaje externo: abiertas las ventanas. Ya queda consignado.*

FRANCISCO AYALA

Balances y pronósticos. Como corresponde a un almanaque. A ese abigarramiento del clásico almanaque, sentenciador del pasado. Y ansioso de quebrantar el futuro. De alargar la mano a ciegas en el futuro: exponente de deseos y aprehensora de sombras.

Lo que ha dado el año 1927: resumen de las letras y de las artes. Y lo que se espera —en letras y artes— de 1928.

Sentencia y adivinanza. Rueda de la Fortuna. Almanaque.

Literatura española

E. Giménez Caballero —almanaque verbenero de nuestra literatura, vidente del pretérito, sonámbulo del porvenir— va a ser consultado.

—Vamos a ver, E. Giménez Caballero: ¿qué ha pasado en el año mil novecientos veintisiete?

—¿El año?... Ah, sí: qué ha pasado, ¿no es eso? Pues el acontecimiento del año —en España— ha sido la aparición de La Gaceta Literaria. *Un suceso que puede tener significación.* La Gaceta *no es un periódico más. Ni una revista más. Es algo distinto, que sólo puede darse en una atmósfera cultural de cierta densidad.*

Aparte este acontecimiento de proporciones desusadas, hay que señalar una notable floración de revistas —laboratorio—. Boletines literarios, editados lejos de Madrid, en un tono de aventura y ensayo. Ensayo más bien de personalidades posibles que de tendencias nuevas. Así, Verso y Prosa, *de Murcia.* Papel de Aleluyas, *de Huelva. Las mismas revistas* Mediodía *y* Litoral *no implican —en relación a las anteriores— sino un mayor lujo editorial.*

Otro suceso del año ha sido el libro de García Lorca Canciones *—publicado por esa última—. Y otro,* Pájaro Pinto, *de Antonio Espina. Y los libros de Gómez de la Serna. Y* Andalucía, *de Maroto. Y* Ejercicios, *de Jarnés.*

—¿Qué más? ¿Qué más?

—El centenario de Góngora. Un centenario con misa y todo. Bendición de bandera y juramento.

El centenario de Góngora ha producido una virulencia barroca en todos nosotros. Ha producido —además— los tres excelentes tomos de la Revista de Occidente (Antología, *por Gerardo Diego.* Soledades, *por Dámaso Alonso. Y* Romances, *por Cossío). Y el número extraordinario de* La Gaceta.

El mayor ejemplo de vigor literario —calidad y cantidad— corresponde a José Ortega y Gasset. Con su gran fecundidad inusitada: seis libros en el año:

El espectador, *V y VI.*

Tríptico: I, Mirabeau *o* El político; *II,* Dinámica del tiempo.

Espíritu de la Letra.

Estudio sobre el Amor.

—¿Qué más? ¿Qué más?

—La polémica del meridiano intelectual. Ah, hombre: la renovación novelística de Valle-Inclán.

El vidente da muestras de fatiga. Hay que renunciar a más minucioso interrogatorio. Aun cuando ello implique lamentables omisiones.

—El año mil novecientos veintisiete —termina diciendo en un rapto resumidor— ha sido uno de los años más movidos e interesantes de nuestra vida literaria. Refleja una espléndida vitalidad. Ejemplo: la venta de manuscritos, organizada por nosotros, es un ensayo con el que no se hubiera soñado hace unos años.

—Ahora, pronóstico para mil novecientos veintiocho.

—Mi pronóstico más seguro es el siguiente: continuará la publicación de La Gaceta Literaria. *Contra presagios y deseos de ciertas gallináceas... Y la vitalidad de la joven literatura será cada vez mayor.*

FRANCISCO AYALA

LAS TERTULIAS LITERARIAS

La Gaceta Literaria

Film de actualidades. En Madrid. Va a cumplirse un año que apareció La Gaceta Literaria. *Los jóvenes escritores se reúnen para celebrarlo.*

La Gaceta Literaria, *árbol de Noel para esta Nochebuena. Cargado con los regalos de todo el año. Bonitas fotografías y dibujos finos. Brillantes artículos. Grandes folletones. Poemas redondos y coloreados —en mapas geográfico-espirituales: libros de premio-fin de curso:* El Laurel y la Rosa. Vírulo. Mediodía. *Hasta una caja de bengalas, y una divertida artillería polémica, con batallas internacionales por la conquista de un meridiano.*

Los jóvenes escritores, reunidos bajo el árbol de Noel. Apiñados, en piña pascual.

Comienza a pasar la cinta.

Hay una pausa. Un recuerdo triste para el compañero ido: Guillermo de Torre.

¿Pensará en nosotros —desde allá, desde el Nuevo Mundo— Guillermo de Torre?

¿Velará por nosotros?... Con aquel ángel bueno —cocteauiano— era presagiable su tránsito...

Giménez Caballero quiebra la pausa fría.

—Vamos, ea. A bailar un poco. Hay que alegrarse: es Año Nuevo... Venga. Vamos. Eh, amigos. Jarnés. Ayala.

Su aire de intelectual comunista se afila en el bisel de un contraste: su alegría proletaria, queriendo romper el hielo de sus lentes intelectuales. Patéticamente.

—Eh, amigos. Vamos. Hay que alegrarse.

Y una alegría de fina sensualidad enciende sonrisas de Benjamín Jarnés. Una copita de ironía nunca está mal. Al fin y al cabo, la vida no es mala.

Nueva figura se destaca en el ecrán. Allí. A la izquierda. Más a la izquierda. Es Antonio Espina: la risa bastaría para reconocerle. Con qué ademán prestidigitador saca pañuelo verde y rojo del bolsillo del pecho. El pañuelo sale volando: pájaro pinto. Y Antonio —¿no íbamos a bailar?— se marca unos pasos de chotis. A lo chulo.

Detrás —un poquito más atrás— escucha Arconada. Con musical arrobo. Distingue. Distingue. Es hombre que distingue. Un ángel —Ravel— chorrea en su oído juegos de agua... Quietos gestos musicales. (Su pipa quiebra —crac— una ramita del bosque.)

Pérez Ferrero: automático, lleno de resortes, corta —de dentro afuera— el plano del ecrán. Manipula en el árbol nerviosamente. Intercepta la luz. Se asoma a la ventana para ver pasar un aeroplano...

Ha entrado Almagro, con aparición súbita. (Ha entrado, y ya quiere marcharse.) Viene embozado en su bondad: las frases exactas y afectuosas se le desbordan.

Año Nuevo. Arbol de Noel. (Terminará marchándose con su mejor amigo. Y el film quedará cortado. Sin operador.)

Maroto, híspido, absoluto y disconforme —alma mística, en definitiva— sueña paisajes extremos —entre Nueva York y la estepa siberiana— a la sombra artificial del árbol cristiano.

Hay una persona más: recrudecida su condición de sombra cinematográfica. Una persona que personifica al público inteligente. Muchos actores; un solo espectador. Silencioso. Quieto en su asiento. Fiel —desde el primer día— a su íntima consigna. Desde el día en que llegó de su tierra, con el oído lleno de nombres. Avido de visualidades y proximidad desinteresada.

Indispensable su presencia en esta conmemoración. Su presencia alentadora y confortante, como su sonrisa de buena fe.

Comienza la música, con golpes de jazz. El árbol sacude sus frutos metálicos. Los rostros se animan. Caen libros deshojados. Un brazo en alt...

En Zurich —noticiario—. Las muchachas suizas, tan aficionadas a las carreras de esquís...

FRANCISCO AYALA

LO QUE HA DADO 1927. Y LO QUE SE ESPERA DE 1928

Artes plásticas

Acontecimiento del año —en España— para las artes plásticas ha sido la actividad crítica de Antonio Espina. Antonio Espina ha comenzado a escribir sobre arte. Y —automáticamente— se ha colocado en el puesto que le corresponde. Es decir, a la cabeza.

En primer término, su gran inteligencia. Su gran finura.

Pero además, ese nimbo maravilloso del arte nuevo —el reciente e inesperado valimiento del joven—. Que llena de seguridad sus palabras.

Y que le ha convertido —a Espina— en la autoridad buscada. En el más deseable profeta.

—El año mil novecientos veintisiete —comienza diciendo—, como el mil novecientos veintiséis —las nuevas tendencias empiezan en mil novecientos veinticinco—, se ha caracterizado por no tener carácter. Los autores y las obras que han destacado en el mundo del arte son los consabidos del viejo «ultimismo» que viene imponiéndose desde hace varios años. Muchos. ¿Formas, estilos, personalidades? Muchos también. Pero, claro, no se hace un Partenón cada centuria, ni siquiera se pinta una Ronda de noche *o un* Arlequín *picassiano —si gustáis— cada cincuenta años.*

El momento es de tregua y expectativa. Lo que Franz Roh ha denominado globalmente «expresionismo» (término que abarca: cubismo, creacionismo, futurismo y ultraísmo) se halla en plena liquidación.

Ha durado veinte años, y ya es bastante. Dentro de tres o cuatro, todo esto se habrá olvidado. Como ahora yace olvidada la pintura impresionista y la escultura conceptista, a lo Mestrovic y Rodin. Pero sería un error creer que las llamadas escuelas de vanguardia han transcurrido sin pena ni gloria por la historia del arte contemporáneo.

Ellas han originado enfoques, ideologías, disciplinas libérrimas y profundas, que no podrán menos de tener en cuenta los creadores de la obra futura.

(Lo único lamentable para los espíritus aventureros es que la gran guerra del arte, la gran guerra que la burguesía universal execró bajo el rótulo genérico y despectivo de «modernismo», ha terminado. Nos hallamos en pleno armisticio. En lo sucesivo, a lo más que podrá aspirarse será a pequeñas guerras civiles o escaramuzas de bandolerismo.)

Respecto a lo que espero del año mil novecientos veintiocho, no sé qué decir. Ya he afirmado en diferentes ocasiones que en los pintores y escultores más fríos de sensibilidad se nota el deseo de encontrar una fórmula intermedia entre las ortodoxas del siglo XIX y las revolucionarias, que han prevalecido en este primer cuarto del siglo XX.

Hay que añadir la muy visible sugestión que vuelven a ejercer los primitivos flamencos. Sobre todo en los retratistas del posexpresionismo —realistas mágicos de Franz Roh—. La escultura, menos agitada siempre que las otras artes plásticas, seguirá sin duda obedeciendo a la corriente profunda de los clásicos. Y de vez en cuando —esporádicamente—, a la emoción maquinaria y a la moderna psicología arquitectural.

FRANCISCO AYALA

LAS TERTULIAS LITERARIAS

Pombo

Tiene razón Gómez de la Serna. Tiene razón cuando —alguna vez— se ha lamentado de que no se le estudie en serio. De que nadie se le acerque con verdadero propósito crítico.

Cierto. Espanta lo ingente de su personalidad. Y distrae lo pintoresco. Y desconcierta lo renqueante e inseguro.

Cierto. Falta estudiarle; no ya como a monstruo de feria. Mejor, como a pieza de museo.

Hay que discriminar en él lo que tiene de bueno —de moderno, o, más bien, de precursor de modernidad— y lo que es pura escoria. Pura impureza.

Cuando esto se haga, ha de verse —sin sorpresa de nadie— cómo el signo más influyente en Ramón —en casi todo él— es un número romano: XIX (XIX siglo).

Su desgana del cine —no obstante la maravilla de Cinelandia, escrita de espaldas al ecrán—; su miedo al automóvil, a la velocidad, que le llena de livideces y balbuceos, pudieran ser, entre otros mil, sínto-

mas de su raíz decimonónica. Completados por esa actitud tan erguida y directora —de hombre del pescante— que adopta en la tertulia de Pombo.

(Pombo: viejo e incómodo café. Otro síntoma.)

Y otro síntoma aún —si se quiere—: su amistad especial con gentes de temperamento abrupto y castizo. Desde el castizo genial —Solana— hasta el pardillo bellaco, gracioso, de posada y taberna.

Ramón: primera piedra de la cripta.

Estos amigos antiguos: estrato básico y permanente. Núcleo de la tertulia.

Alrededor de este núcleo gira —materia siempre cambiante y siempre igual— lo que pudiera llamarse brigada móvil de las letras. Y también brigada obrera.

El Sr. Rodríguez —de Alicante— que viene para hacer oposiciones a Hacienda. Y que ha querido conocer a los escritores. El Sr. López —de Toledo— que ha venido al mundo. El Sr. González —de Vigo— que trae un asunto de conservas. Y que también escribe. El Sr. Pérez —de Cáceres— que viene a luchar, armado de unos sonetos... Y otros muchos señores. De otras muchas procedencias.

Ramón los acoge a todos con un espíritu franciscano. No quiere oír hablar de hostilidad del ambiente. Todo el que lucha tiene —por ese simple hecho— su simpatía activa. (¡Ha luchado él tanto!...)

—Vuelva usted por aquí, Sr. Percebea. ¿Volverá usted? El sábado. No se le olvide, ¿eh?: el sábado. ¡El sábado, amigo mío!... (Hay que renovar esto. Hace falta gente joven.)

Admirable campechanía.

A pesar de este criterio amplio —y hasta de una espontánea selección inversa— todavía no se ha convertido por completo el café de Pombo en un Asilo de deficientes mentales.

Porque —todavía— acuden a él —de cuando en cuando— algunas personas de inteligencia fina. Y de presencia —claro está— marginal. En honor a la excepcionalidad literaria de Gómez de la Serna. En honor a su significación —punto inicial— en el arte nuevo.

Antonio Marichalar sacude, en ocasiones, con su figura y su sonrisa actuales el polvo castizo del ambiente.

Y Antonio Espina. Defendido por las aristas de su ironía.

Y el portugués Almada. Y Jarnés: homo patientissimus. *Y Arconada. Y Pérez Ferrero.*

Y otros, menos dóciles al requerimiento, o más escurridizos.

Un broche digno de ella, cerraba esta tertulia pintoresca: el falso Pirandello. Pirandello, de inexcusable mención. De recuerdo emocionado.

Hoy... Ha muerto la flor de Pombo. Ese farsante. Ese miserable, exacto cumplidor de su oficio, que por dos pesetas y el café, hacía el cuotidiano melodrama.

Era un hombre admirable, Pirandello. Con un gran sentido de la dignidad y del humor. Y de la inhibición oportuna. Con un arranque gentil y un escape innoble.

La flor de Pombo. El único ejemplo de ingeniosidad que allí podía recogerse. Y —tantas veces— el único ejemplo de inteligencia en acción. (La pasión —allí— es actitud normal de la inteligencia.)

Pobre Pirandello. Pobre Yorck. Muerto tú...

FRANCISCO AYALA

LO QUE HA DADO 1927. Y LO QUE SE ESPERA DE 1928

Literatura extranjera

Antonio Marichalar tiene un primer aspecto de recordman. *Un aire deportivo. De los más distinguidos deportes: Motorista literario de las grandes velocidades y distancias. Alpinista de alturas gélidas. Cazador de amplios panoramas...*

Más tarde es cuando se nota cómo su impulso largo está hecho de exactitudes. Su entusiasmo, de precisión y finura. Su limpieza deportiva, de un pudor extremo, que le veda excesos, y le lleva a lo destilado y puro.

Antonio Marichalar: su opinión sobre literatura extranjera. Resumen de sus excursiones de todo el año. Y pronóstico para el que viene.

Ha dicho:

—Limito, por lo pronto, y a estos efectos, «literatura extranjera», a francesa e inglesa, que son las que sigo más detalladamente. De las otras estoy mal informado.

Libros franceses recibo a razón de uno diario. ¿Cómo citarle a usted los mejores, y para qué hablarle de las últimas obras de Gide o de Massis, de P. Morand o de Duhamel? Toda la crítica habla copiosamente, y todo el mundo las ha leído (aun cuando se demuestre lo contrario). Prefiero señalar dos libros que considero esenciales, entre toda la producción del año, y que no han merecido, apenas, la atención de un serio comentario: Thérèse Desqueyroux, *de Mauriac, y* Le gant de crin, *de Reverdy. Al destacarlos, aquí, alivio el remordi-*

miento de no haber escrito, todavía, nada yo mismo para llamar la atención sobre ellos.

De las revistas, Commerce *creo que es la más interesante, ahora.*

En Inglaterra hay una autora que acaba de dar un libro precioso: To the Lighthouse, *de Virginia Woolf. Una Proust, mujer e inglesa, y con una técnica mucho más moderna. Jamás se ha traducido nada suyo al español, que yo sepa. En Francia se anunció un tomo suyo, y algunos fragmentos han aparecido en revistas; pero no es bien conocida.*

Los acontecimientos literarios ingleses han sido: Shakespeare, cuya bibliografía se aumenta de continuo; este año ha visto desde el libro que el Reverendo Robertson dedicó a los eternos Sonetos, al opúsculo de T. S. Eliot investigando las reminiscencias que hay en él del estoicismo de Séneca. Blake y su centenario, rico también en comentarios. Los filósofos se obstinan en sus teorías: Santayana escribe sobre Platón y la vida espiritual, Bertrand Russell explica por qué no es cristiano, y Whitehead atrae la principal atención con sus interesantes tesis. Yeats escribe sus memorias. Destaca un poeta joven: H. Read, perteneciente al grupo más fino y más prometedor acaso de la literatura presente. En América los mejores siguen a la sombra que les señala The Dial *(a pesar de sus mezclas), y caen algunos volúmenes como horas, al mercado.*

Respecto a lo que espero para 1928 —y aparte las sorpresas que nos estén reservadas— espero más y mejor de los mismos que este año me han interesado.

Creo, más que en las obras, en las canteras de donde se arrancaron, y si me han gustado los libros últimos de Mauriac y Reverdy, no es tanto por lo que me aportaron, como por la avidez que lograron despertar para sus futuros hermanos; a los libros que me dejen harto, prefiero los que me dejan sed... para el año próximo, y de esos son los citados.

FRANCISCO AYALA

LO QUE HA DADO 1927. Y LO QUE SE ESPERA DE 1928

Teatro

Melchor Fernández Almagro, consultado sobre el teatro, tema de su casi diario enjuiciamiento, contesta:

—Asisto por obligación —gustosa algunas veces— a todos los estrenos de Madrid. Pero me falta la afición necesaria para apurar por la lectura las novedades teatrales de fuera. Gusto de seguir indistin-

tamente todos los géneros literarios... y aun los no literarios. De modo que yo no sería nunca ese catedrático que cree en la importancia exclusiva de su asignatura. En parte alguna concibo menos al especialista que en el teatro: cosa influida por tantas otras, desde la literatura hasta la plástica.

Además: el gran teatro del mundo —sin comillas, porque no aludo a Calderón— me interesa mucho más que el otro, el contrahecho, el del escenario propiamente dicho. Cada época y cada país producen espontáneamente el género de farsa que mejor le conviene. Alrededor nuestro, sin ir más lejos, se representa un colosal esperpento, que interesa mucho al que lo sabe ver... Desde luego, ninguna obra teatral de las muchas que la temporada última fabricaron los escritores, le supera en motivos de atención y sorpresa.

Por lo que hace a piezas concretas del repertorio teatral extranjero, he de confesar, por ejemplo, que Jean le Maufranc *y* Le dictateur, *de Jules Romains, me han divertido muy poco. Me ha impresionado leer* L'amour magicien, *de Lenormand, a quien tengo por un admirable removedor de temas.* Diana e la tuda, *de Pirandello, no me ha dado ocasión de renovar las grandes impresiones que me causaron* Sei personaggi *y* Enrico IV. *Cerrado —si no me equivoco— el ciclo pirandelliano, la comedia italiana no ofrece gran interés, a pesar de Bontempelli. Mi expectación va hacia lo que produzcan un Natanson, un Pellerin... Claro que no desespero de Bernard Shaw, quien me satisface sobremanera por lo mismo que se olvida la mayoría de las veces de que está haciendo teatro.*

Por lo que hace a la temporada española que se inicia, a nadie se le puede ocultar la singularísima significación de Mariana Pineda, *de Federico García Lorca. Gracias a él, puede renovarse por completo el lenguaje poético en nuestro teatro. Así como Claudio de la Torre trae otro pensamiento, otro mecanismo teatral... Pero su* Tic-Tac *no ha encontrado todavía el actor o empresario que necesita él y que necesitamos todos. Que necesitan otros autores: cuantos quieran redimirnos de la trivialidad, de la chabacanería, de las mixtificaciones imperantes.*

FRANCISCO AYALA

Atocha (Hotel Nacional)

El puerto de Madrid está desintegrado. Tiene su paisaje en la Estación del Norte (Rosales). Su ambiente —popular, cambalachero, trepidante y movido— pertenece a Atocha. La Puerta de Atocha ha sido siempre el puerto de Atocha. El gran puerto de Madrid.

Cuando todavía no estaba edificado el Hotel Nacional, ya existía la tertulia del Hotel Nacional. Se hacía presentir —como necesidad ineludible del punto estratégico— un hotel impersonal, que neutralizara un poco lo pintoresco del sitio. Sitio crucial. De ida y vuelta. Lugar para la entrevista rápida, antes —un momento antes— de la salida del tren.

En un principio estuvo formada esta tertulia por escritores del antiguo régimen poético, a los que no hay por qué nombrar: cadáveres insepultos aún.

Algo más tarde acudió Gómez de la Serna. Después, el pintor Barradas. Y a su alrededor, un grupo de escritores jóvenes, de ímpetu renovador —más o menos efímero—, tan pronto surgidos como desaparecidos.

Otros, que hoy tienen personalidad destacada, asomaron al mundo literario por aquella ventana.

El escultor Alberto, Benjamín Jarnés, García Lorca, Rivas Panedas y Humberto Rivas, el dibujante Garrán, Guillermo de Torre, el argentino Borges, el escritor polaco Marjan Paszkiewicz y su connacional el dibujante Wladyslaw Jhal, integraron —entre otros muchos— aquella tertulia.

Ultimamente —este mismo año— nos hemos reunido allí, con carácter inestable (nada de establecido ni de fundado), Giménez Caballero, Salazar Chapela, Jarnés, Pérez Ferrero, Arconada, Fernández Almagro, Antonio Espina, Francisco Bores y yo.

La tertulia literaria del Hotel Nacional existirá siempre. Sitio insustituible de cruces viajeros, da espontaneidad y efusión de despedida, y tiene el encanto y la estabilidad de las integraciones: Hotel —cosmopolita, pero— Nacional.

Música

Lo que importa en arte —dice, consultado, César M. Arconada— no es la buena cosecha, sino la mala tormenta. Porque guardar es lograr. Y en arte, lo logrado es lo acabado. Entre el farmacéutico que despacha las fórmulas y el químico que ensaya nuevos resultados, preferimos siempre al químico. Es cierto: tal vez se abrase en la llamarada, tal vez incendie su laboratorio. Pero el futuro está en la redoma del que experimenta; no en la probeta del que despacha.

Cada época es una tormenta seguida de muchas cosechas. Para el hombre gozoso, que mira los problemas desde las ventanas del granero, acaso el óptimo cosechar puede satisfacerle. Pero el crítico —trabajador en ambulancia— no puede ser un hombre de aforo, sujeto a una panera bien aprovisionada. Al contrario, debe ser el hombre de caminos, en desasosiego hacia la tormenta —hacia la conmoción— con todos los riesgos y todas las promesas. Sólo se concibe al crítico siendo cronista de la guerra, en el campo de operaciones del arte. Y por lo mismo, en la lucha, en la vanguardia. Presintiendo. Previniendo. Atrás, en la retaguardia, bien están los historiadores. Pero un crítico, ¿cómo puede servirse de sus prismáticos de perspicacia dirigiéndolos sobre un campo ya conquistado?

La crítica no está fundamentalmente al servicio de una hazaña, sino de una causa. Y cuando se canta una hazaña, no es sólo por el mérito particular de ella misma, sino porque representa el triunfo de lo que se anhela que triunfe. La crítica debe ayudar descaradamente a los amigos frente a los enemigos. Porque esos amigos son unidades de un ejército. Y ese ejército es unidad de una causa que debe imponer su victoria. La verdadera crítica es siempre apasionada y parcial. Como toda lucha. Como toda ardida acometividad. En la línea de fuego no son posibles los equilibrios diplomáticos. Felizmente, todavía hay guerra. Todavía hay pasión.

No es tarea muy agradable hacer un examen de calendario. El almanaque representa la cotidianidad, la divisibilidad. Los hechos sucedidos, encadenados. Los acarreos de cosecha. Lo pequeño. Lo normal. Cuando algo verdaderamente grande acontece, se desborda por encima de toda cuadriculación. Sale del fanal de una fecha para llenar el ámbito de una época. No cabe en la ficha, en el anaquel, en la caja. Cuando hay que hojear el almanaque para buscar el recuerdo es que nada hay vivo, grandioso, capaz de llenar el ambiente de electricidad, de potencialidad.

Desde la cima de un interés musical, en el trance de hacer retrospecciones por el almanaque, yo quisiera poder destacar una nebulosa mejor que un conjunto de clasificadas estrellas. Es decir, la tormenta mejor que la cosecha. Pero las conmociones, las obras explosivas —agrias, destructoras— no se producen con facilidad. Para la historia, un año es una medida micrométrica. Pueden sucederse muchos años sin que aparezca obra destacable, pina sobre la época. Años tal vez abundantes, tal vez logrados de buena cosecha. Pero en declive. Tranquilos. Monótonamente llanos.

Conciertos. Operas. Virtuosos. Festivales. Estudios. Actividad en París, en Madrid, en Viena, en el mundo. He aquí la cosecha del año. Cada hecho, resguardado —o dormido— en su celdilla del momento, se desplaza de la actualidad, acaso hacia el olvido: el subsuelo más habitado de la historia... Destacar, descubrir el envoltorio de un hecho, puede tener un peligro: el peligro de descubrir una cosa muerta —una momia—. Actividad de gran mérito para un arqueólogo, pero no para un crítico, que debe operar siempre con elementos vivos y significativos.

Yo no sé qué interés puede tener el perdido concierto —en París, en Madrid, en Viena—. O la vieja obra retirada. O la nueva obra olvidada. O el prodigio del virtuoso, admirado por los burgueses. O el aplaudido director. Yo no sé qué interés puede haber en destacar un simple grano de una parva cargada de ellos. Existieron. Cumplieron su función social. Pasaron. Pequeños hechos sin maternidad, sin sucesión, muere su rescoldo cuando se apaga la llama. Enhebran unas horas de atención en la circularidad donde se producen. Al final de esas horas se rompe el hilo del hilván y la tela queda descosida.

Pero a veces conviene bucear entre los átomos. En arte, un átomo no es precisamente una tormenta, pero puede muy bien ser el principio de ella. Desde luego, para un crítico siempre es más interesante un átomo muy pequeño que una momia muy grande. Muchas veces, el átomo —como el ensayo— carece de trascendencia. Se pierde también. Se inutiliza. Otras —muy contadas veces—, un microbio considerado como insignificante trae en su organismo la fecundidad de un futuro grandioso. Quién sabe si en este año —desde el futuro— tiene más importancia que Beethoven esa desconcertante y desagradable música en cuartos de tono, que unos compositores checos, Aloïs Habe y Miroslav Ponc, han llevado a París. O el Ballet mecánico, *de George Antheil, y* Aeroplano, *de Emerson Withorne, músicos bajo la sombra de los rascacielos. O el espectáculo italiano* Pantomima futurista. *O la* Sinfonía para jazz, *de Kurt Kern.*

Todo el año musical ha estado bajo la segura advocación de Beethoven. Nada menos peligroso para la admiración. Nada más peligroso, en cambio, para el exceso. Pero no está mal que a cada santo le llegue su novena. Y repito ahora lo que he dicho en otro lugar: este campaneo beethoviano no ha sido sólo lirismo de fiesta, sino emoción de culto. Siempre está bien ese rebote de sonidos —honor al santo— en la mañana de romería. Las infantiles campanas de las ermitas tienen de simpático esa significación de juego, de vocerío, de desbordamiento, de puro sonar. ¡Pero el imperio de la recia voz que llama al culto! Ya está: la secta, el fanatismo, los beethovianos. Una romería, este año, en honor de Beethoven —baile, campanas, fiesta, sol. Y al anochecer regreso a casa— no hubiera estado mal. Pero que durante toda la vida se nos imponga el escapulario y la comunión diaria en su memoria, no es posible. Preferimos ser herejes y morir a manos de la santa inquisición de la burguesía piadosa.

Otro de los acontecimientos destacables ha sido la Exposición Internacional de Música celebrada en Ginebra y en Francfort, coincidiendo esta última con los festivales que celebra, todos los estíos, la Sociedad Internacional de Música Moderna, institución admirable, regida desde Londres por el musicólogo J. Dent y que va en circuito por el mundo, haciendo no pequeño servicio de protección y difusión a la música moderna. Conciertos. Representaciones. Concursos. Músicos nuevos. Secciones retrospectivas. Autógrafos de Rameau, Mozart, Bach, Wagner, Berliotz, etc. La música es admirable: se permite caprichos internacionales. Puede ser, como dijo en un discurso M. Robert Bory, «factor de la paz»: hablaba desde Ginebra.

Los bailes rusos —agrupación occidentalizada— también tienen grandes servicios prestados a la música nueva. Las novedades que este año ha llevado al teatro de Sarah Bernhardt no han dejado de tener interés. Una obra del inglés Berners, Le triomphe de Neptune. *Otra del joven músico francés Sauguet,* Chatte. *Una de Prokofieff, exaltadora de la revolución rusa,* Le Pas d'acier. *Y, por último, la ópera oratorio de Strawinsky,* Edipus Rex. *Strawinsky —el músico representativo de nuestra época— hace triunfar sus paradojas. Es genial siempre, aun cuando juegue con el fuego peligroso del melodismo italiano. Aun cuando juegue, como ahora, con el latín, con el oratorio, con lo religioso, con la grandiosidad de la tragedia griega.*

En España, las actividades musicales no marchan con muy buenos vientos —en Madrid sobre todo—. Es una lástima, pero no merece la pena entrar en pormenores. Lo que sucede con la ópera es algo indignante, que durará siempre, mientras no se cambie el procedimiento de dirección. Las novedades de este año han sido la estupidez de

Los cuentos de Hoffmann *y el rodar de una cabeza ensangrentada por el escenario* —Francesca da Rimini—. *Y siguen desconociéndose las obras de Pedrell, de Albéniz, de Granados, de Falla. Y toda la producción extranjera que está en la otra orilla del repertorio italiano para uso de tenores. Y la ópera tiene un controlador oficial: el comisario regio. Un voto de gracias para todos.*

Conciertos con muy escasas novedades. Homenajes a Beethoven dando vueltas por la pista de las sinfonías. Al llegar a la novena, un éxito grandioso. (Pero Fidelio, *en Viena y en Milán.) Una nueva sala de música al frente del maestro Lasalle. En las sociedades privadas, conciertos más o menos aburguesados. La Orquesta Filarmónica, en descenso, después del esplendor de sus años de Price.*

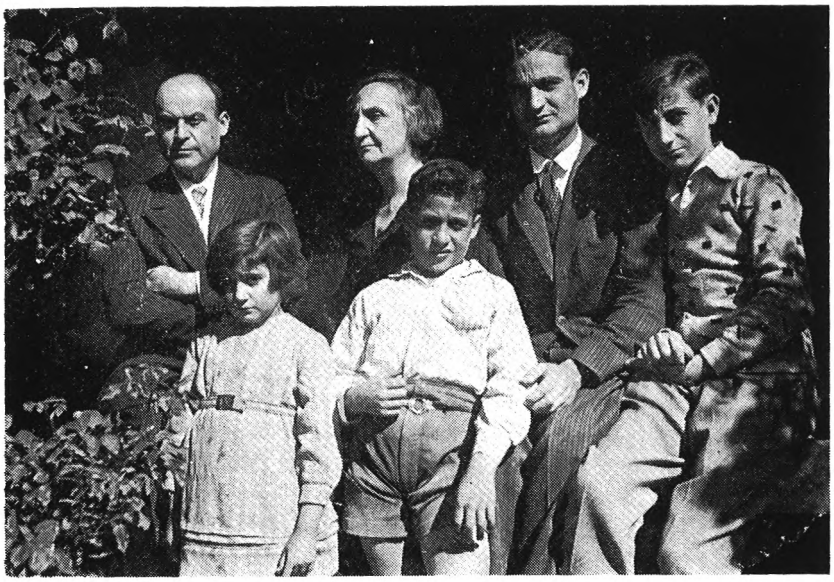
Es justo destacar los conciertos de primavera que el maestro Arbós dio en el Teatro de la Zarzuela, al frente de su Orquesta Sinfónica. Con muy buen criterio, no se limitó a conmemorar a Beethoven, sino que prestó un decidido apoyo a obras de nuestros músicos contemporáneos. De esta protección salieron al público una obra del músico vasco Pablo Sorozábal. El Canto a Sevilla, *de Turina.* Don Quijote velando las armas, *de Esplá, y la* Sinfonietta, *de Ernesto Halffter, entusiásticamente aplaudida y reveladora de uno de los talentos más seguros de nuestra juventud.*

Y de Falla, un homenaje en Barcelona. El estreno de su Concierto. *Telegramas de elogios recibidos de todo el mundo...*

¿Para el próximo año? Quién sabe lo que puede pasar en el mundo. Desde luego, en España no espero ninguna tormenta devastadora. Ya quedaríamos satisfechos con una buena cosecha. Ya sería bastante con acarreo de labor entusiasta, por todos los que tienen dominio en las actividades musicales de nuestro país.

FRANCISCO AYALA

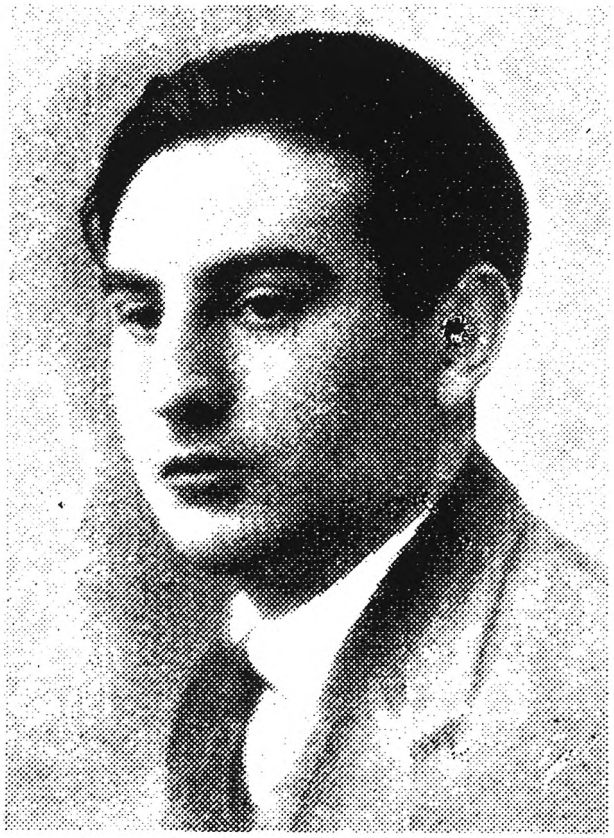
54 West 16th Street
NEW YORK, N. Y. 10011



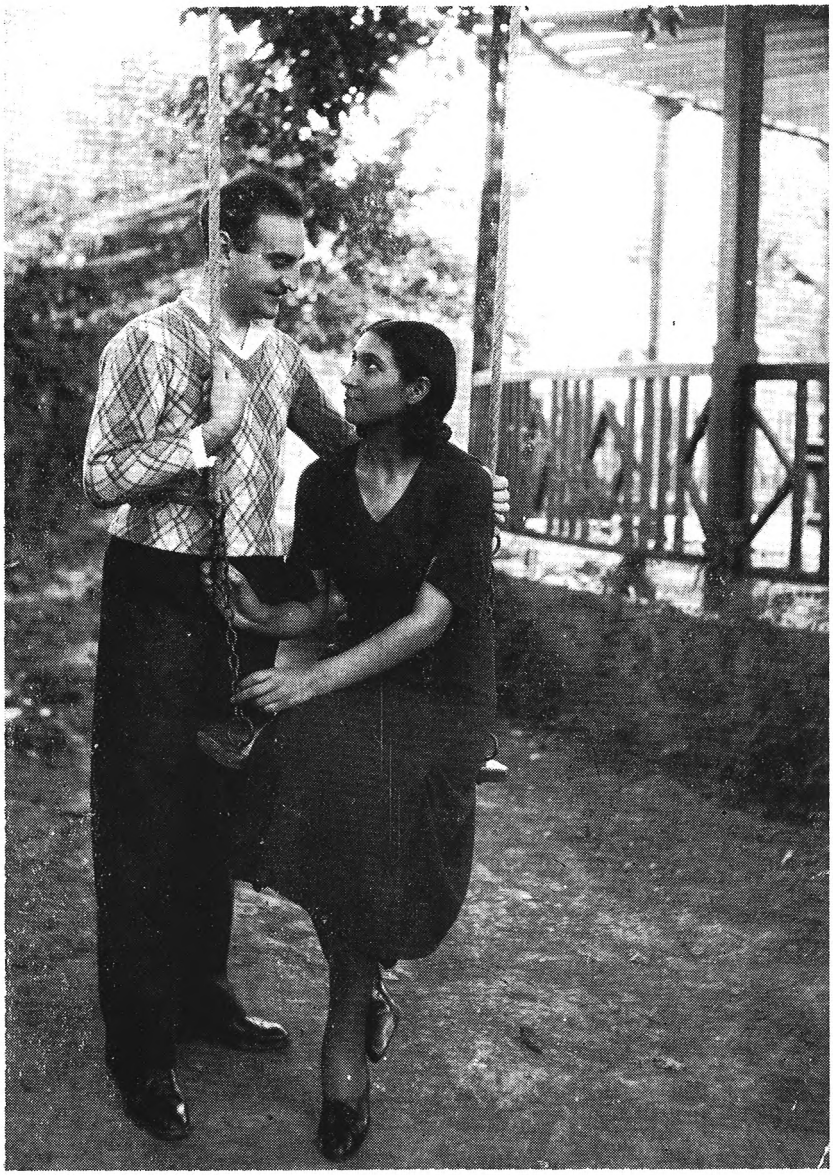
Francisco Ayala, con sus padres y sus hermanos

Ayala, en 1930

En 1931



En la época en que publicó su novela «Historia de un amanecer»



Con su esposa

Podpis majitele průkazu:

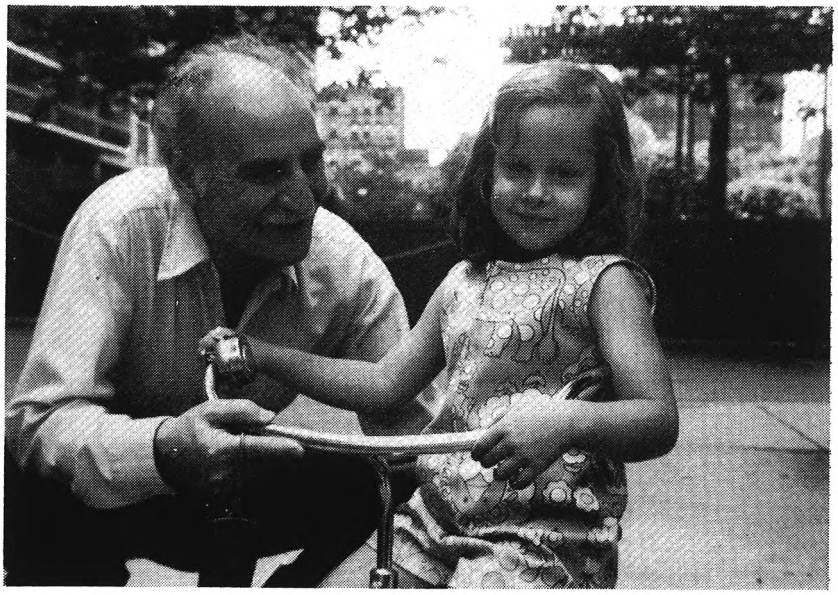
Francisco Ayala

Pan Francisco Ayala García Duarte, I. legační tajemník španělského vyslanectví v Praze

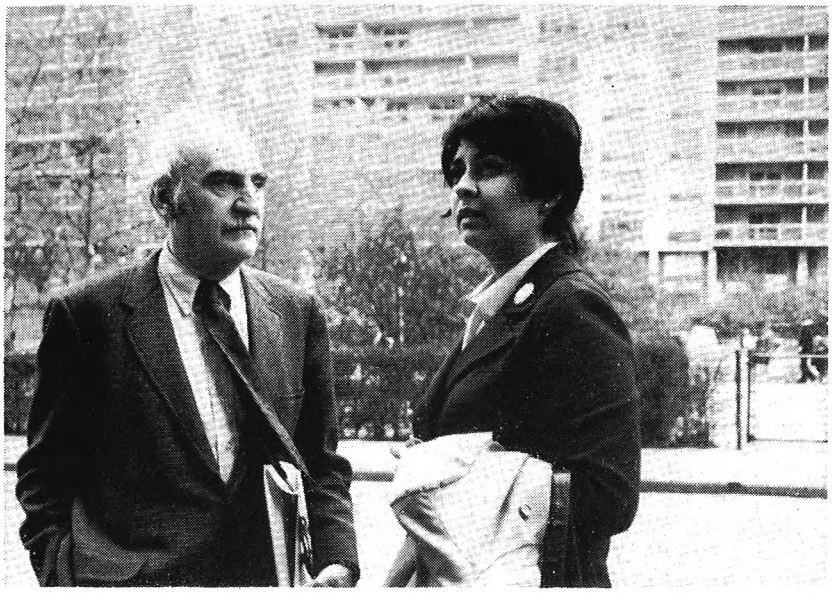
JEST ČLENEM DIPLOMATICKÉHO SBORU.

V Praze dne 1. ledna 1938.

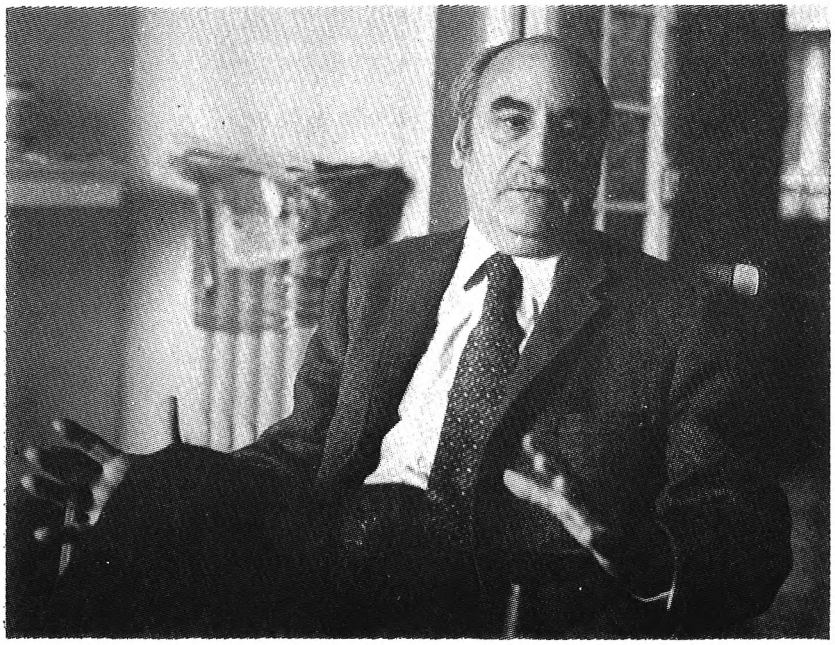
ŠEF PROTOKOLU:



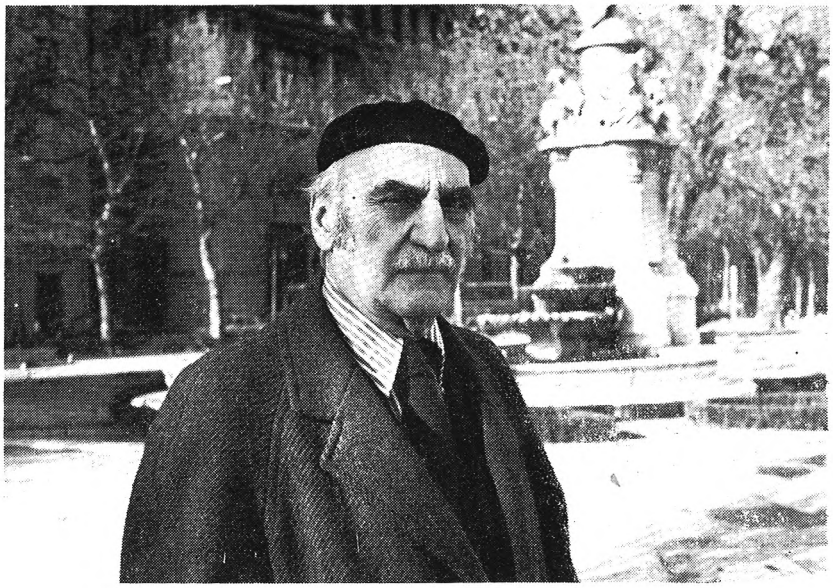
Con su nieta Juliet Mallory, en Nueva York



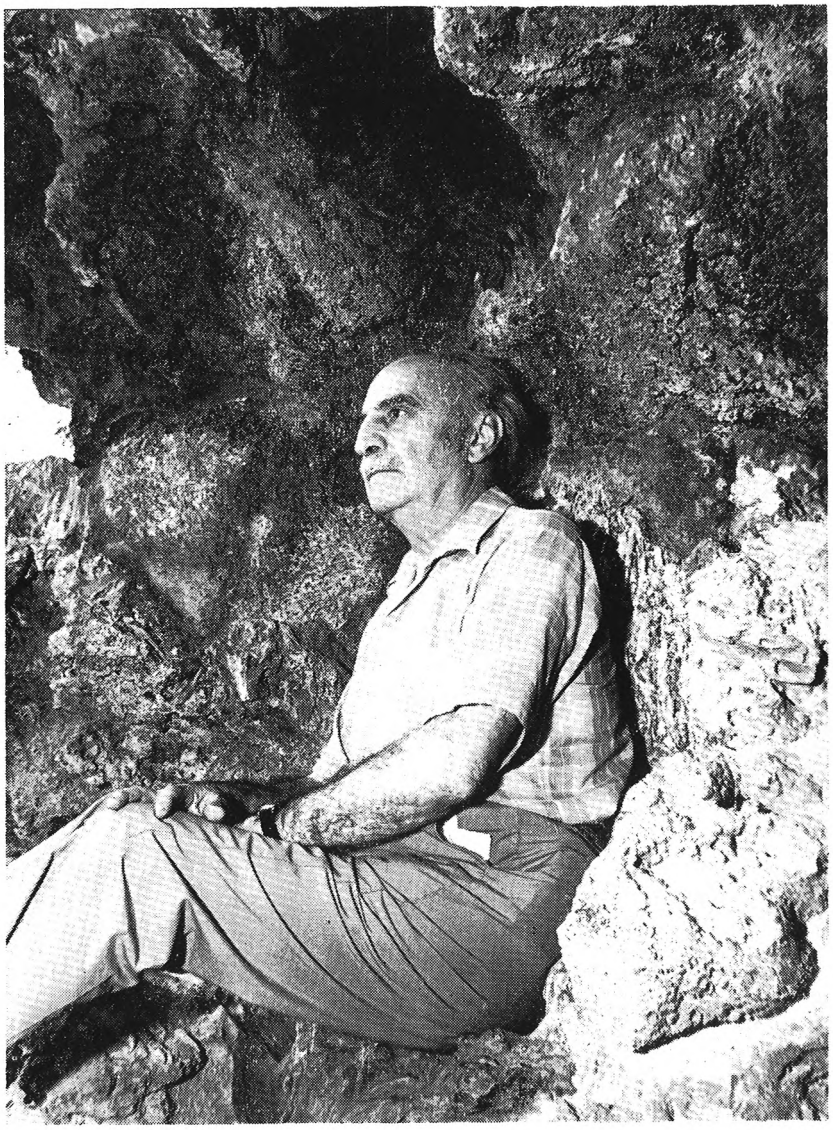
Con Rosario Hiriart, en Nueva York



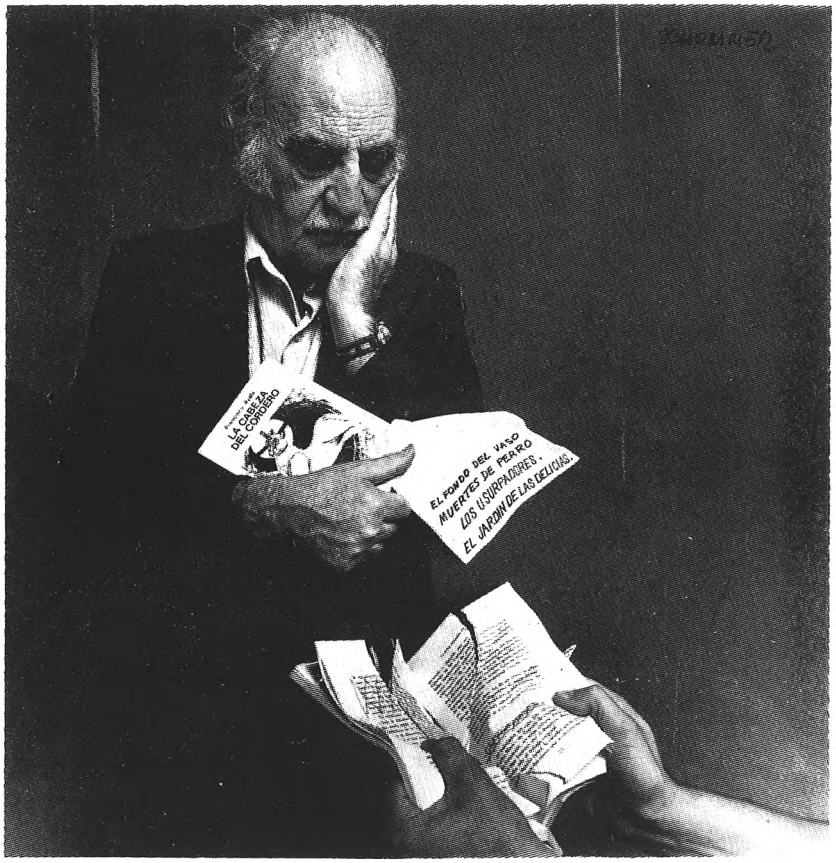
(Foto: Cáliz)



Ayala recibe el título de Doctor «Honoris Causa» en Western University. Julio de 1977

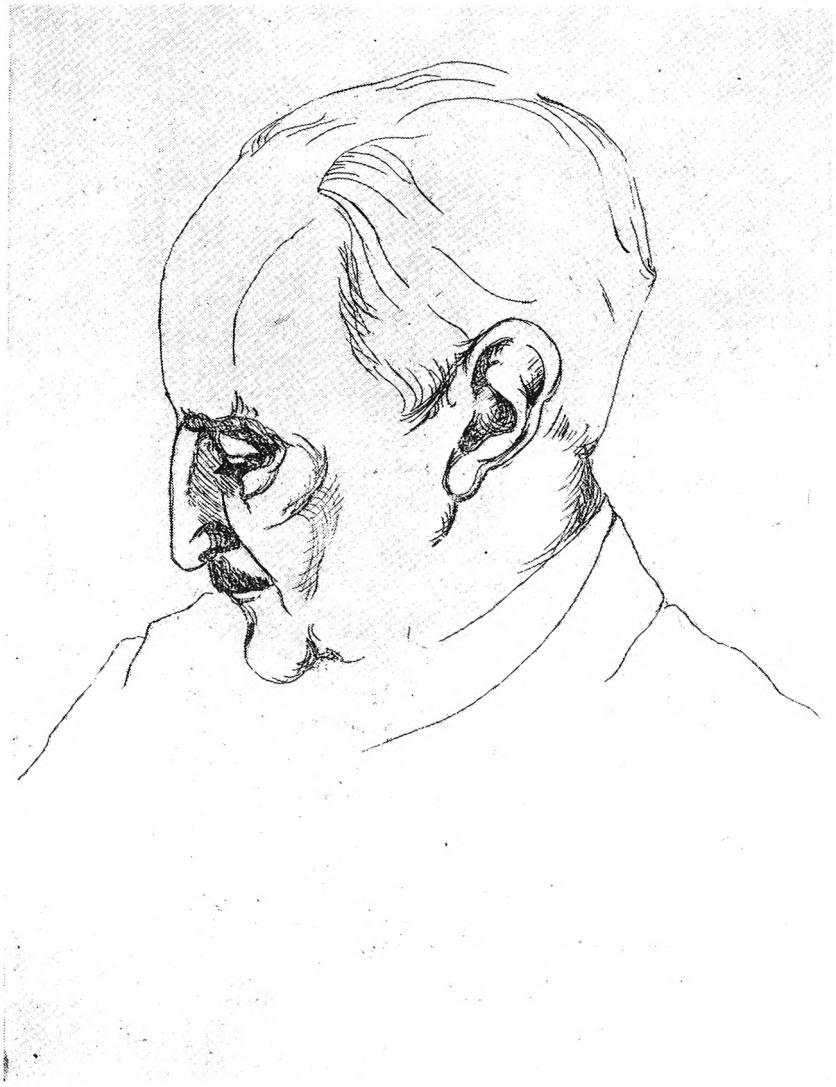


(Foto: Julio César)

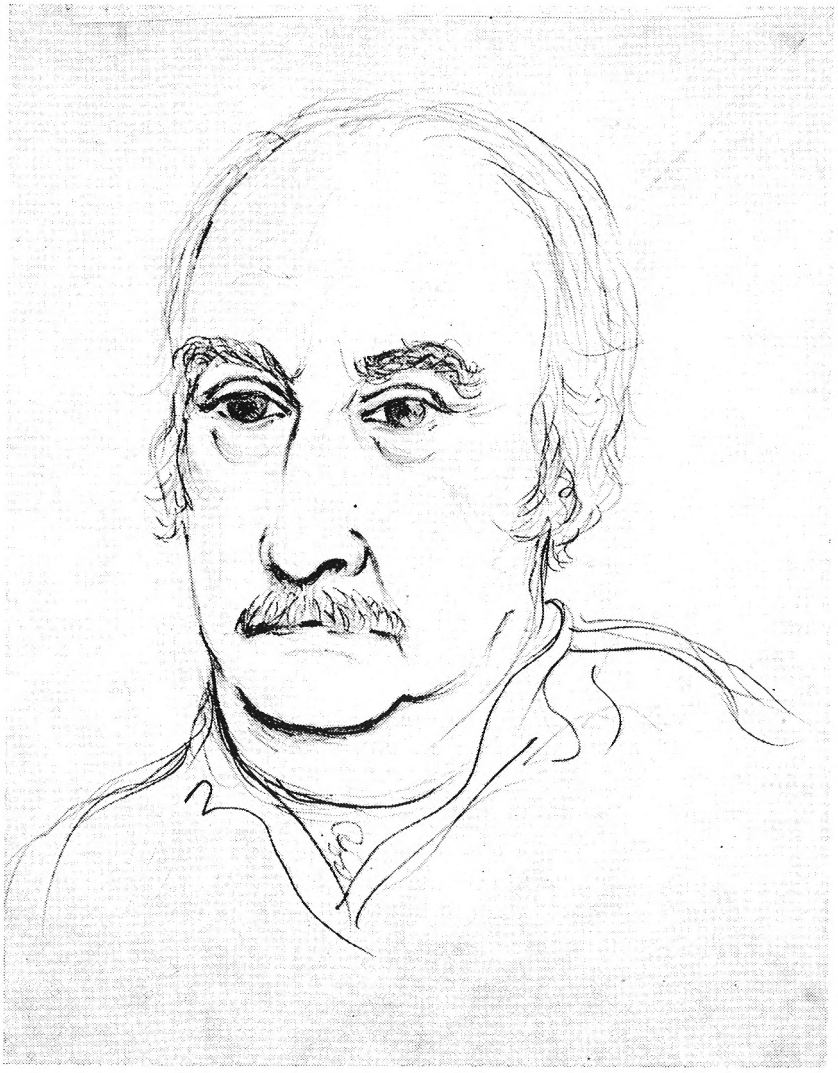


En 1974 *(Foto: Alberto Sohommer)*

Durante el homenaje que amigos y alumnos le tributaron en Nueva York con motivo de su septuagésimo aniversario



Ayala. (Dibujo de Isabel Moncy)



Apunte a lápiz, dibujado por la hija de F. Ayala

MIMESIS, NÉMESIS

Después de habernos hecho contemplar los diseños y colores maravillosos de la extática mariposa, invierte con mano delicada el coleccionista su pequeño sarcófago de cristal para mostrarnos otra maravilla: por el reverso, las alas simulan una hoja seca con sus tonos ocres, sus nervaduras, y hasta —alarde virtuoso de la naturaleza artista— esas manchitas de moho y esos agujeritos del follaje otoñal.

¡Admirable Kal-lima philarcus, admirable spirdiva! Hace tiempo ya que cesó tu floriño parpadeo en el aire luminoso; y ahora, inmovil, impávida, eres tú la hoja muerta con cuya engañosa apariencia solías proteger ~~protegías~~ tu vida contra los pájaros voraces.

(Manuscrito de Ayala)